

HUSSAIN MONÉS

EL NACIONALISMO ÁRABE

CUANDO SE ENUMERAN las civilizaciones originales, con características marcadas y personalidad propia, no se puede dejar de dedicar especial interés a la civilización árabe que ocupa un lugar destacado entre las que tuvieron una influencia decisiva en la marcha y el desarrollo de la vida humana. Las características particulares de esta civilización son fáciles de reconocer a primera vista. Cualquiera persona que tenga un mínimo de cultura puede distinguir, por ejemplo, sin demasiado esfuerzo y de un simple vistazo, la arquitectura árabe, una vez que se le aparezca un edificio con columnas altas que evocan la esbeltez de las palmeras, paredes con placas de piedra o yeso, labradas a bisel en relieve, con motivos, ya de flora esquemática, ya geométrica, o minaretes puntiagudos que alzan sus siluetas en el cielo, cual lanzas apuntadas. Es inconfundible también la literatura árabe. Basta que se recuerde cualquiera de las historias de *Las mil y una noches*, como por ejemplo, el Simbad, Aladino o Sahrazád, para que se trasplante la imaginación a un mundo fabuloso y fascinante que pulula en alguna ciudad árabe de características muy particulares, tanto en el aspecto de sus calles y edificios, como en las vestiduras multicolores y deslumbrantes de sus habitantes.

Cuando se tienen algunos conocimientos sobre la historia de la cultura, la personalidad de la civilización árabe es aún más palpable, porque entonces se recordará que esta civilización ha dado a la humanidad entera elementos que, sin ellos, no se puede imaginar la actualidad de la civilización moderna. La industria del papel, la invención de los números, el álgebra, la trigonometría, la invención de la brújula, de los guarismos, son unos de tantos obsequios que el genio árabe ofreció a la civilización humana, en cuyo libro de honor se han inmortalizado los nombres de Avicena (Ibn Sinā), el más grande de los médicos que conoció la humanidad hasta el

siglo XVIII; al-Zahrawī, de Medina Azahara, el cirujano de más celebridad y grandeza en toda la Edad Media; Ibn Jaldūn, el gran sociólogo que sentó las bases de la Filosofía de la Historia y, Averroes, el gran filósofo cordobés. Todos estos personajes ocupan lugares destacados en la primera fila de los fundadores de nuestra civilización actual.

Cuando se habla de las lenguas que se destacan por una personalidad vigorosa, no se puede dejar de lado a la lengua árabe. A quien oiga unas cuantas palabras pronunciadas en esta lengua, no le será difícil reconocer sus sonidos fuertes y su música viril y contundente. Lo mismo se puede decir de la escritura árabe cuya caligrafía, artísticamente elaborada, ha sido, durante tantos siglos, elemento indispensable en los adornos arquitectónicos, lleno de armonía y belleza plástica.

Esta civilización y esta lengua son los más fuertes lazos que unen a decenas de millones de seres humanos que viven a lo largo de una zona dilatada del globo y que se extiende desde el Océano Atlántico, hasta el Golfo Persa. Pueblos que llevan las semillas de su civilización siempre en sus almas, que la adoran y recuerdan, con orgullo, los múltiples servicios que ha rendido a la Humanidad entera, que son profundamente conscientes del papel que aún debe desempeñar su civilización en bien de la humanidad, tanto en el momento actual, como en el futuro, y que creen firmemente que esta su civilización se basa fundamentalmente en la paz, el amor, la fraternidad y el progreso, y en que su deber es continuar la obra que sus antepasados han emprendido pacientemente para crear una sociedad verdaderamente humana y universal que no establece diferencias sociales ni religiosas. Así era efectivamente la sociedad árabe, y lo sigue siendo. Un mosaico armonioso de religiones y razas que convivían y cooperaban en un ambiente ejemplar de tolerancia y respeto mutuo. Durante toda la Edad Media, el Mundo Árabe era una sola nación en la que no existían fronteras. Las comunidades árabes viajaban de un lado a otro y tenían entera libertad para establecerse donde les convenía, sin que existiera nada que entorpeciera esta operación continua de fusión entre los componentes de esta nación. También las caravanas de peregrinos recorrían toda esta dilatada extensión de tierra de extremo a extremo, encontrándose todas en el centro de este mundo, en los lugares santos de Al-Hiyaz. El resultado de todo esto ha sido una fusión de los habitantes de aquellas tierras, fusión que no ha tenido precedentes en la Historia respecto de una comunidad de estas dimensiones. La lengua árabe era el único vehículo de expresión de todos y así era un factor más de unidad, que superaba la acción desintegradora que podía proporcionar la diversidad de razas y de religiones. Se

formó, pues, una sociedad homogénea, sociedad que hablaba en árabe y se atenía a una ideología igualmente árabe.

Lo mismo que la civilización y la lengua de los árabes, su ideología tiene también sus características propias, que derivan de las tradicionales virtudes árabes entre las cuales destacan el valor, la generosidad, la altivez y el amor a la libertad. A estas cualidades seculares, el Islam ha añadido la piedad, el amor al prójimo y la fraternidad entre los hombres. Todos conocemos, a través de la literatura, la imagen del caballero árabe montado en un corcel y empuñando sus armas para defender su honor y su libertad o para socorrer a los oprimidos y necesitados. Por otra parte, la historia nos ha retratado un típico caballero árabe en la persona del gran Saladino, símbolo de nobleza y generosidad, que trataba a sus enemigos del modo más humanitario, que despreciaba los métodos viles de venganza y los recursos de vencer a cualquier precio y que mantenía su palabra por mucho que le costara. Sin los pormenores de esta imagen, no se puede entender bien la ideología que forma parte de los vínculos que unen espiritualmente a los árabes.

Si hablamos del Arabismo o del Nacionalismo Árabe, se trata entonces de realidades que emanan de una historia común, y no de una simple evocación sentimental, aunque ésta tampoco falte, como la que inspira a los europeos al hablar de la civilización o la cultura griega como núcleo de la ideología occidental. No es un lazo más o menos teórico como el que ponen de manifiesto los que hablan del Imperio Romano. Porque la civilización de los romanos, aunque nadie dude de su rango y de los grandes servicios que ha rendido a la Humanidad, era una civilización más bien aristocrática, basada en un régimen de autocracia que protagonizado por emperadores, caudillos militares y senadores que pertenecían a una clase privilegiada compuesta por nobles "patricii" y caballeros "equestri", que se cuidaban siempre de la pureza de su sangre y que evitaban, a todo trance, mezclarse con el pueblo de inferiores condiciones que llamaban el "vulgus", o el "plebei". Toda la civilización de los romanos —sus lujosos palacios, sus grandiosos castillos, sus esplendorosos baños, su organización militar, política y administrativa—, todo giraba alrededor de la aristocracia. Hasta la cultura romana era también aristocrática y ahí están las obras de Cicerón, Séneca y Marco Aurelio, que pueden comprobar este juicio. Los que se sienten orgullosos de la civilización romana lo hacen por lo que contiene de grandeza, poderío y lujo.

En cambio, la civilización árabe se destaca por su esencia humana. Sus monumentos más célebres son, en su mayor parte, edificios de utilidad pú-

blica: mezquitas, hospitales, escuelas, etc. La cultura árabe es igualmente humana, lo cual se refleja en que sus artífices no son de la aristocracia, sino gente humilde o de la burguesía, y en que su pensamiento y literatura eran fieles retratos del pueblo del que emanaron.

El árabe que hoy en día siente la gloria de su pasado, no se esfuerza en buscarla en los monumentos vigentes de su civilización, tanto materiales como espirituales como ocurre con el europeo al recordar la civilización de los griegos o los romanos, sino la ve en su propio ser, y la siente espontáneamente en el fondo de su alma. El fondo espiritual del árabe es una mezcla de ideas antiquísimas y modernísimas al mismo tiempo, algunas preislámicas y otras producto de nuestra vida contemporánea, pero lo curioso, lo sorprendente, es que unas y otras derivan de orígenes parecidos y pueden convivir en perfecta armonía, como si el paso del tiempo no significara nada para ellas. Recordemos que el primer gran poeta árabe Imsú al-Qays murió casi dos siglos antes de Jesucristo y la última gran figura de nuestra poesía contemporánea fue Ahmad Sawqī que murió hace apenas treinta años. Ahora bien, a pesar de los siglos que median entre los dos, nos los vemos encontrar en su poesía, sin que el más moderno se pueda tachar de un simple imitador, o que su producción literaria no se acoplara a la evolución de nuestra vida actual. ¿Qué significa esto si no es la continuidad de la civilización árabe y la eternidad de los valores humanos que representa?

No sólo existe esta línea invariable y continua en la cultura árabe a través del tiempo, sino también a lo largo del gran espacio de tierra en que se extendió el mundo árabe. Al-Bayrūnī en la India, Ibn Sīnā (Avicena) en Persia, al Gazālī (Algazel) en el Irāq, al-Ma'arrī en Siria, Ahmad Sawqī en Egipto, Abu-l-Qāsim al-Sābī en Tunez, Ibn Hazm (Abenházam) en Córdoba, Ibn Zuhr (Avenzoar) en Sevilla y Marruecos, todos escribieron en árabe y todos representaban también esta línea de pensamiento e ideología árabes, sin que la enorme distancia constituyera un obstáculo en el camino de esta unidad. Tampoco en la actualidad lo fueron los océanos. Al otro lado del Atlántico, en Estados Unidos y en la América Latina, viven hoy comunidades árabes entre las cuales se han producido grandes pensadores que sienten lo árabe aunque estén a miles de millas de sus países de origen. Es asombroso cómo poetas y escritores como Gubrān Jalīl Gubrān y Anūn al-Rayhānī y muchos más pudieron guardar celosamente, místicamente si se quiere, esta ideología árabe, con todo y a pesar de todo.

Esta influencia que ejerció lo árabe en la idiosincrasia de muchos pueblos y comunidades no se limitó a los de raza árabe, sino también a otras que,

sin ser árabes, pudieron estar en contacto con el mundo árabe. Nos referimos a pueblos como el persa, el pakistaní y el indonesio. La poesía de Umar al-Jayyām y la filosofía de Muhammad Iqbal (fundador del Pakistán) se encuentran, sin duda alguna, dentro del marco del pensamiento árabe.

Por lo tanto, si los árabes hablamos del Nacionalismo Árabe, no tratamos de exhumar un pasado envuelto en las tinieblas del olvido, sino únicamente insistir sobre una realidad y un hecho histórico que ha tenido la suficiente para supervivir a través de tantos siglos. No es una estructura nueva a la cual ambicionamos, sino la continuación de una labor que nunca se interrumpió y que puede garantizar el perfeccionamiento de una sociedad sana y capaz de evolucionar y salir adelante.

EL NACIONALISMO ÁRABE DURANTE LOS TIEMPOS MODERNOS

A partir del siglo XVI, la mayor parte del mundo árabe cayó bajo la dominación de los turcos otomanos. Estos turcos se habían convertido al Islam dos siglos antes y, como todos los pueblos recién islamizados, empezaron a adoptar la civilización árabe casi en todos sus aspectos. La lengua árabe llegó a ser la oficial y aunque, más tarde, lo fue simultáneamente con el turco, esta última lengua se escribía en caracteres árabes. Las figuras más destacadas en los terrenos culturales y científicos del imperio otomano se formaban en las capitales árabes como Bagdad, Damasco, El Cairo y Aleppo. En árabe se expresaban sus grandes escritores y poetas. El proceso de arabización se intensificó aún más desde que los sultanes otomanos se proclamaron califas, es decir, representantes de la autoridad espiritual y de la temporal simultáneamente, en todo el mundo islámico.

Pero esta labor quedó interrumpida desde principios del siglo XVIII cuando el Imperio Otomano llegó a su mayor extensión entre las fronteras de Irán en el este, y Marruecos en el oeste, penetrando en el continente europeo hasta llegar a las puertas de Viena. Esto, aunque diera la impresión de grandeza y poderío, no tardó en surtir efectos nefastos en la organización interna del Imperio. Pronto se convirtió el estado en un régimen puramente militar dedicado por completo a la guerra. Y lo malo es que la necesidad de movilizar guerreros obligó a que se confiara la administración del estado a unas bandas de mercenarios bajo los cuales se paralizó toda la labor cultural que se había iniciado, y se llegó a la deplorable situación en que lo único que interesaba a los gobernantes era recaudar más

y más dinero para satisfacer los enormes gastos militares. Con esto llegó la administración a ser un instrumento frío, cruel, ávido y despiadado. Las provincias más ricas y productivas del Imperio Otomano eran precisamente los países árabes, lo cual desembocó en el lamentable resultado de que hacia los árabes fue dirigido el peso de la opresión turca y los gravámenes de sus recaudadores de impuestos. De ahí se originó aquella lucha terrible entre los árabes y los turcos, que se inició en el siglo XVIII y no terminó hasta principios del siglo XX. Los turcos no escatimaron ningún medio de represión traicionando los ideales árabe-islámicos en que se había basado su estado, y los árabes, con las únicas armas de los principios que constituyen la esencia de su civilización, decidieron entablar la batalla hasta el fin. Es sabido cómo terminó la lucha. Los turcos, desprovistos ya de todo valor moral, la perdieron. A finales del siglo XIX se redujo el Imperio Otomano a caer virtualmente bajo el llamado "protectorado" de Inglaterra y Francia, que, con el fin de "proteger" a los otomanos, se apoderaron de algunas de las provincias de su imperio.

Los turcos, en la desesperación causada por los procedimientos de sus ¡leales protectores! decidieron buscar otros derroteros, y creyeron encontrar la solución en la alianza con los alemanes cuando estalló la primera Guerra Mundial. La victoria de los aliados hundió aún más lo poco que quedaba del imperio turco, ya que sus enemigos ingleses y franceses, que antaño eran sus "protectores" no cedieron hasta que vieron a los turcos renunciar por entero a todo su pasado y abandonar lo que les restaba de aquellos principios e ideales árabe-islámicos en los cuales se había fundado su gloria inicial. En nombre del progreso se cometió este acto de traición a la historia, y en nombre de la modernización quiso Turquía desligarse de la civilización árabe, lo cual se refleja en la supresión del califato y de la caligrafía árabe como si éstos fueran los culpables de sus infortunios. Así se retiraron los turcos del campo, después de entregar a los imperialistas países como el Iráq, Siria, Egipto, Libia y Tunez, siendo esto el colofón de su desgraciada actuación.

RENACIMIENTO DEL NACIONALISMO ÁRABE

En esta deplorable situación se encontraban los países árabes a principios del siglo XX cuando terminó la primera Guerra Mundial. Las potencias imperialistas se habían adjudicado maquiavélicamente los países árabes. Todo

daba la impresión, en aquellos momentos, de que el Nacionalismo Árabe había tocado a su fin y de que nada ni nadie era capaz de hacerle resurgir.

Pero se olvidó, que los elementos esenciales de la ideología árabe contienen sus propios factores de vitalidad y su potencia intrínseca capaz de reavivarla cuando en algunos momentos parezca adormecida.

Desde principios del siglo XIX la reforma era la mayor preocupación de los librepensadores en Egipto, Siria y el Irāq. Egipto, que no olvidaba la misión que se le había encomendado cuando rechazó la invasión de las Cruzadas, era también el terreno más fecundo y fértil de las nuevas ideas reformistas. En los primeros años del siglo XIX, los egipcios pudieron establecer un estado independiente a salvo de la dominación turca, y pudieron, con la unión con Siria, formar de nuevo un estado árabe unificado. En la fecha que se entabló, a raíz de esto, con el sultanato otomano, los egipcios pudieron infligir a los turcos serias derrotas. Fue asombroso que Egipto pudiese, en pocos años, disponer de una potencialidad militar tan enorme y aparecer en la escena política mundial como un estado poderoso, dotado de todas las características de una nación moderna.

En aquellos años se llevaron a cabo, en Egipto, grandes proyectos de acuerdo con las necesidades de la vida moderna. Para ilustrar esta realidad, voy a citar algunos ejemplos significativos, que quizás sean desconocidos por muchos. Los primeros puentes modernos que se establecieron sobre un río para organizar la irrigación fueron los llamados "al-Qanātir al-Jayriyya", instalados sobre el Nilo al norte de El Cairo en el año 1823. Estos puentes, al cabo de casi siglo y medio, siguen hoy su funcionamiento normal. La segunda línea férrea establecida en la tierra fue la que unió Alejandría con El Cairo, en el año 1852. El mismo inventor de este sistema de locomoción, Stevenson, fue quien supervisó personalmente la realización de este proyecto. El primer ejército dotado de armamento moderno en todo el Oriente fue el egipcio, que sorprendió al mundo con las victorias conseguidas entre los años 1811 y 1839. El primer arsenal moderno construido en Oriente fue el de Alejandría y pudo proveer a Egipto de una escuadra que fue capaz de oponerse a las de Gran Bretaña, Francia y Rusia juntas cuando la batalla de Navarin en el año 1827. En Egipto fue también donde funcionaron las más antiguas facultades de medicina y de ingeniería en los continentes de África y Asia. La imprenta de Būlaq (en El Cairo) fue la primera imprenta moderna que se dedicara a la publicación en gran escala de libros en un idioma no europeo.

Fruto de estos esfuerzos continuos de reforma y modernización, fue el resurgimiento en Egipto y Siria de la idea de volver a formar una gran

Nación Árabe que agrupara a todos los países de habla árabe en el imperio otomano. Para realizar estos ideales, los ejércitos egipcios tuvieron que librar duras batallas con los turcos. Por el año 1835, se veía claramente que la nueva fuerza, el Nacionalismo Árabe iba a sustituir al Imperio Otomano en el caudillaje del mundo musulmán.

Fue entonces cuando algunos estados europeos se imaginaron que la futura potencia iba a constituir una amenaza al movimiento colonialista en el que estaban empeñados por aquel entonces. Era un error, el mayor que los estadistas ingleses y franceses cometieron y con el cual comprometieron no sólo a sus naciones, sino también a todo el continente europeo. Su posición hostil hacia el Nacionalismo Árabe fue una brecha que abrieron entre los árabes y Occidente y que desgraciadamente no se ha cicatrizado hasta nuestros días. Al oponerse a este nacionalismo renacido no hicieron más que perjudicar a Europa que mucho podía ganar de una sincera amistad y colaboración con el Mundo Árabe, que la rodea por el este y el sur.

Los árabes, y con ellos los habitantes de Asia y África no tuvieron más remedio que proseguir su lucha contra las potencias colonialistas para recuperar su libertad e independencia durante todo el siglo xx. Alzaron sus voces advirtiendo a Europa del peligro que encierra esta política imperialista y que acabaría por amenazar el porvenir de la humanidad entera. Pero todo fue en vano. Por la fuerza de las armas, se procedió a la distribución de los países africanos y asiáticos, ya como colonias, ya como zonas de influencias, entre unas cuantas potencias colonialistas haciendo caso omiso de los derechos humanos a vivir en paz y libertad.

Hoy se ha comprobado cuán errónea fue esta política de destruir y humillar, porque los frutos no pueden ser otra cosa que el aislamiento y el odio, aparte de los centenares de miles de víctimas que perdieron la vida en esta lucha encarnizada e infructuosa. Las colonias terminaron por emanciparse. Y Europa, después de la última guerra mundial se dio cuenta de sus errores, aunque demasiado tarde. Es difícil olvidar, aun disponiendo de la mejor de las voluntades y del espíritu más transigente y benévolo, tantos crímenes que se han cometido y que hoy en día siguen cometiendo algunas naciones, aparentemente civilizadas y cultas, pero realmente más dignas de compasión que los pueblos aterrorizados por ellas.

Ahí está el caso de Francia que se está esforzando en los últimos años en exterminar a un pueblo árabe —el pueblo argelino— pero que con sus métodos de represión no consigue más que atizar el fuego de la resistencia. Contra la roca del nacionalismo argelino se ha hundido el navío de la cuarta república francesa y pudo haber estallado la guerra civil en Francia mis-

ma. Si los gobernantes actuales de Francia no aceptan el hecho de la independencia de Argelia, el futuro de la quinta república no será más afortunado que el de la anterior.

La autodeterminación es un derecho natural de los pueblos y cualquier intento para asaltar y usurpar este derecho tendrá irremediamente que fracasar. El pueblo argelino conoce muy bien esta realidad y está confiado en que acabará por recuperar sus derechos por más sacrificios que haya de ofrecer. De esta misma realidad están convencidos los pueblos afroasiáticos que componen un 80 por ciento de la población del mundo y que no ahorran esfuerzos en apoyar la causa argelina. El triunfo será próximo, por muy poderosas que sean las fuerzas que Francia está movilizandoy por muy duras que estén las pruebas de sangre y fuego a las cuales ha sido sometido el pueblo de Argelia.

Recordamos, con esta ocasión, que hace unos años Gran Bretaña y Francia secundadas por su tercer cómplice, Israel, intentaron arrebatar a Egipto sus derechos en el Canal de Suez, por medio de un ataque por la espalda muy al estilo del colonialismo del siglo xix. De nada sirvió a los agresores el gran aparato militar que montaron frente a la decisión del pueblo egipcio, y con él todos los árabes, para defender su dignidad y sus derechos. El resto es conocido. La derrota total y vergonzosa para los atacantes, y la muerte política de todos aquellos que perpetraron la vil aventura desde Anthony Eden hasta Christian Pineau.

Una experiencia parecida a esta última la pasamos durante los años 1830 y 1840, cuando las potencias imperialistas, particularmente Inglaterra y Francia, se coaligaron para aplastar el movimiento árabe de liberación que había brotado en Egipto. Llegó un momento en que creyeron que la antorcha se había apagado, pero en realidad la caravana estaba en marcha y sólo la miopía política de ciertos estadistas era capaz de ocultarles esta magna realidad: que el nacionalismo árabe estaba madurando.

En esta lucha cruenta, los árabes nunca se olvidaron de sus ideales. Basta citar un ejemplo de la vida del príncipe Abd al-Qādir, que pudo seguir la lucha por la liberación argelina contra los invasores franceses durante quince años. Cuando su heroica resistencia terminó por haber sido capturado por los franceses, fue deportado a una isla lejana, de la cual pudo trasladarse a Beirut. Un día paseando por las calles de la ciudad coincidió con el cónsul francés. La multitud al verle y al recordar lo que Francia había cometido contra el héroe argelino, se congregó alrededor del cónsul, y algunos, con indignación desatada, intentaron lincharle. Fue entonces cuando el propio Abd al-Qādir intervino y le salvó la vida. Parece

que el gobierno francés, avergonzado ante el gesto caballeresco de su acérrimo enemigo, quiso corresponder y le concedió el título de la "Legión de Honor" que cortésmente fue rechazado por el príncipe, ya que el hecho, según sus palabras, no se debía a una renuncia en su lucha contra Francia, sino una atención a las normas tradicionales de la caballería árabe.

El hecho de que muchos occidentales desconozcan estos detalles de la lucha del Nacionalismo Árabe por su libertad, se debe a que las obras que tratan de la historia de los árabes y que circulan por los países de Occidente están saturados de prejuicios imperialistas y "leyendas negras" en cuya confección son evidentes las muestras de mala intención. Nada se puede esperar de estas obras en las que se tergiversan los significados de las palabras. La explotación feroz se convierte en una "ayuda a los países subdesarrollados"; la lucha por el derecho a la independencia son "motines y rebeldías"; los héroes de esta lucha son "perturbadores o demagogos", vocablos con que los ingleses calificaron anteriormente a los precursores de la liberación americana. Los mismos vemos hoy con respecto a Argelia. La mayor parte de la prensa occidental llama "rebeldes" a los nacionalistas argelinos y la prensa francesa se jacta de facilitar, en sus partes militares diarios, los números de víctimas que caen a diario a manos de las tropas francesas de ocupación.

Todo país árabe tiene una larga historia de lucha, no sólo con la dominación extranjera, sino también con los agentes o instrumentos que esta dominación solía instalar. Semejantes títeres han existido siempre en todo tiempo y en todo lugar. Su misión es ponerse al servicio del enemigo con el fin de garantizar algún beneficio mundano y crear un ambiente de corrupción y anarquía capaz de prolongar el dominio extranjero. En estas circunstancias, el enemigo imperialista no vacila en "conceder" al país dominado una constitución y un régimen "democrático" saturado de partidos cuyo único fin será llegar al poder a toda costa y por todos los medios. Naturalmente, toda esa democracia se reduce a una farsa dramáticamente ridícula: las elecciones son falsificaciones descaradas, los partidos se reducen a unos organigramas cínicos, faltos de todo sentido, y el único que sigue mandando es el imperialista extranjero, máxime cuando concierta un tratado con el gobierno "elegido libremente por el pueblo", porque entonces se prolonga indefinidamente el dominio de los extranjeros y sus marionetas.

La mayoría de los países africanos y asiáticos sufrieron esta terrible experiencia de manos de alguna potencia europea durante el siglo XIX y en sus pueblos pesan aún la amargura y el desengaño. Si el Occidente europeo quiere, en beneficio suyo, arrancar estos dolorosos recuerdos, debe efectuar un cambio radical no sólo en su política sino también en los conceptos en que se basa esta política. El Occidente debe acabar con los prejuicios que le roen por dentro y reconocer los errores de su política basada, hasta ahora, en un egoísmo frío y matemático. Es horroroso y antihumano el retrato del colono europeo en el África ecuatorial tal como lo representa la literatura occidental e incluso los cuentos infantiles que forman la mentalidad de los pequeños. Látigo en mano, se arrodillan ante él multitudes de negros trabajando silenciosamente como si fueran rebaños de animales, o en el mejor de los casos, de esclavos. Este retrato es el que queda grabado en la mente de millones de africanos y asiáticos, de tal modo, que para normalizar las relaciones de Europa con África y Asia, hace falta que se borre este odioso recuerdo.

Con los países árabes el látigo fue sustituido por ejércitos de ocupación encargados de obligar a estos países a firmar ¡alianzas o tratados de paz y amistad! Tampoco faltaron otros medios más arbitrarios, si cabe. Se llegó al extremo de expulsar a un pueblo entero —el de Palestina, compuesto de musulmanes y cristianos— y sustituirlo por otro “recopilado” de los más diversos países, con la creencia de que este último les será más leal. Así se consumó la tragedia de Palestina que estaba bajo el mandato de Inglaterra, la cual no vaciló en traicionar la misión encomendada y ceder la mayor parte de Palestina a los sionistas, para establecer lo que llamaban “un hogar nacional judío”, a cambio de la ayuda prestada a los aliados en la guerra internacional. Por su parte, los Estados Unidos de América, armaron clandestinamente a los judíos y les ayudaron a formar un ejército que empezó a actuar con el beneplácito de las dos grandes potencias occidentales. Se procedió, sorprendiendo la buena fe de los países árabes, a arrojar de sus hogares a la población palestina que hoy vive en campos de refugiados, víctima de la acción más brutal y sin escrúpulos que se ha conocido en la historia moderna, y a manos de naciones que se llaman civilizadas. No tardó en llegar el reconocimiento oficial del llamado Estado de Israel, por Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, estos últimos al cabo de unas horas.

Lo más enojoso en este triste asunto es que se pida a los árabes aceptar lo que llaman “el hecho consumado” y reconocer al “Estado” judío, basado en el más horrendo de los crímenes, como si los principios morales no significaran nada. Lógicamente, los árabes no tendrán tranquilidad alguna

hasta que vuelva Palestina a su verdadero y legítimo pueblo. En este principio coinciden todos los árabes desde el Golfo Pérsico, hasta el Atlántico por muchas dificultades que se pongan en el camino.

LA REVOLUCIÓN DEL 23 DE JULIO

La revolución egipcia o más bien árabe, que tuvo lugar el 23 de julio de 1952 puede ser considerada como el acontecimiento más importante de la historia moderna de los árabes y la fase más decisiva del desarrollo del Nacionalismo Árabe. La Revolución no sólo tuvo por objeto la liberación de Egipto del enemigo imperialista, sino también de sus instrumentos en el interior. Empezó por desterrar al rey, símbolo de aquella corrupción, suprimir la monarquía y desalojar a los políticos que habían manchado sus manos en aquel ambiente. En todo se procedió con honradez y rectitud poco conocidas en semejantes situaciones. Ningún político fue condenado a muerte. Ningún ciudadano fue molestado o perseguido. Porque la Revolución nunca ha sido pretexto para vengarse de nadie, sino un paso encaminado a dotar a la nación de una depurada administración.

A continuación, era necesario liberar al país del yugo del feudalismo agrícola y económico. Con esto se ha purificado la psicología del pueblo y se pudo llegar a una verdadera unión de sus filas, sin complejos ni recelos. Después, con un pueblo unido y libre de los males del pasado, el presidente Gamal Abdel-Nasser pudo cumplir una segunda misión, la de acabar con los reductos del imperialismo extranjero que aún acechaba a la orilla del Canal de Suez. Así llegó la independencia de Egipto a una verdadera efectividad.

En los primeros meses de la Revolución del 23 de julio, el presidente Nasser ha publicado su obra *La Filosofía de la Revolución*, que —a pesar de su pequeño volumen— contiene un análisis preciso de las circunstancias que atravesaba Egipto y probablemente todos los países que estaban o todavía están en una situación similar. También ofrece soluciones a todos los problemas planteados.

En esta obra, el presidente Nasser traza las líneas generales de su futuro programa de actuación, expresadas con franqueza y sin las trabas características del lenguaje de la "vieja diplomacia". Existen tres círculos en los que debe desarrollarse la lucha. El primero es el árabe, ya que a los países que forman la Nación Árabe nos unen tantos vínculos que hicieron comunes

nuestra historia, lengua, tradiciones y por añadidura intereses materiales. Volver a formar esta gran Nación Árabe es la aspiración de todo miembro de esta comunidad en bien de todos y de cada uno. No se trata aquí de una misión de caudillaje encomendada a alguna determinada región del mundo árabe, sino una misión de acción conjunta y coordinada, de experimentación con todos los factores que en ella participan, de una misión confiada a todos nosotros para que pongamos en movimiento la poderosa energía latente en cada rincón de este vasto territorio del mundo y utilicemos esa fuerza haciéndola desempeñar un papel decisivo para mejorar el futuro de la Humanidad.

Todos los pueblos árabes, por una sana y espontánea naturaleza, comprendieron desde el principio la verdadera significación de la Revolución del 23 de julio como algo mucho más que un paso dado por Egipto para reformar su estructura. Eso es lo que explica el profundo eco que causó la Revolución de julio en todas partes del mundo árabe. El anhelo de los árabes de formar una unidad empezó a tomar cuerpo como un hecho próximo a realizarse. El corazón latente de este noble sentimiento fue Siria (hoy región septentrional de la R.A.U.), que siempre ha sido a lo largo de su historia, una de las bases más firmes del Nacionalismo Árabe batallador y predestinado a las grandes empresas realizadoras. La lucha del pueblo sirio por su libertad contra los invasores franceses ha sido una de las páginas más gloriosas de la historia del Nacionalismo Árabe. Además, Siria con sus fronteras naturales y Egipto constituían siempre un pueblo único e indivisible durante toda la Edad Media y aun mucho antes. No empezó la separación entre los dos países hermanos sino cuando los imperialistas ingleses y franceses los invadieron, instalándose los primeros en Egipto y los segundos en Siria, a principios del siglo xx.

Cuando la lucha del pueblo sirio-egipcio culminó con la desaparición de los últimos reductos del imperialismo, fue lo más natural y lógico que se realizara su sueño de restaurar su unidad total, lo cual tuvo lugar el 21 de febrero de 1958. Fue el acontecimiento más celebrado en la historia moderna del Nacionalismo Árabe, y el capítulo que cerró un glorioso inventario de triunfos. El presidente sirio Shukry al-Kuwatly, héroe de la independencia confió los destinos del gran país hermano al presidente Nasser, ratificando así la voluntad del pueblo sirio manifestada libremente en el plebiscito efectuado entonces. Con el nacimiento de la República Árabe Unida, se asentó la base de la futura realización de una unidad en mayor escala de todo el mundo árabe.

Esta unidad debe ser, ante todo unidad de pueblos y como fruto de una

completa y sincera convicción. Nunca pasó por nuestra mente forzar a algún país árabe a formar parte de esta anhelada unión, porque en este caso dejaría de serlo. No se trata de constituir un imperio árabe porque quizás ninguna palabra suena peor en los oídos de los árabes que “imperio” y sus derivados. Es sencillamente restaurar una nación libre que trabaje y viva en paz con todas las naciones del mundo.

Tenemos mucha confianza en que esta unidad llegará próximamente, porque en ella se cristalizan las esperanzas de todo árabe consciente y patriota, como se había realizado la unión sirio-egipcia del modo más eficaz, pacífico y voluntario.

Cuando llegue este día, brillará la verdad. Los recelosos y escépticos verán que la Nación Árabe Unida es la mejor garantía de paz y seguridad. Si existe hoy un mundo llamado “libre” tendrá que darse cuenta de que esta libertad se vería mucho más reforzada y reafirmada con una Nación Árabe fuerte, libre y próspera que desea únicamente gozar de tranquilidad y paz.